

A cortina cerrada

Claudia Patricia Valero

Ya hace un año que me las arreglo para trabajar desde mi casa como *freelance*. La verdad, no extraño nada de mi vida en la oficina, esa sucursal-del-infierno; aquí en mi sala sí puedo cantar durísimo mientras hago maquetas, ya nadie me colapsa la bandeja del correo con miles de invitaciones a reuniones que nunca tuvieron objetivo y puedo ir bailando a la cocina para ver si el arroz ya está.

Mis horarios son extravagantes. Casi siempre —a menos de que tenga una entrega urgente— me levanto a las diez de la mañana, me ducho, arreglo el desorden más evidente — porque soy lento en las labores domésticas y ya no puedo costear los servicios de doña Amparo, que venía dos veces por semana a dejar el piso como espejo y a robarse unos traguitos del Jack Daniel's— y me hago un desayuno digno. Una vez he comido y arreglado la cocina, me siento a trabajar, a responder correos y a perderme en los contenidos tontos que le dan sentido a mi vida. Cuando estoy muerto de risa, el eco retumba y nadie pregunta por el chiste, me doy cuenta de lo solo que me encuen-



tro; de pronto esa sea la razón por la que la semana pasada me presté a la dinámica ridícula a la que me arrastró mi vecino.

Era martes por la mañana. Ese día tenía entrega, por lo que me obligué a levantarme a las cinco en punto. A las nueve y media ya estaba libre, además de feliz, porque mi propuesta había sido aceptada y ya no tenía que preocuparme por el dinero de los siguientes dos meses. Entré a la discoteca del computador, fui directo a la carpeta de *guilty pleasures*, le subí todo el volumen a los parlantes del computador y abrí las cortinas por completo. Reventado de emoción, me vi en el reflejo del ventanal de la sala zafando la cadera y dando vueltas como veleta de jardín; cuando estaba en mi viaje cumbiero-salsero-fusión, una última voltereta alrededor de la mesita de centro hizo que me diera cuenta de la figura del vecino que me miraba directamente desde la torre contigua.

Me fui quedando inmóvil poco a poco, como en una suerte de mecánica torpe que se dispara a la vergüenza. Me subió un frío por las manos y la panza, mientras sentía arder mi cara en un rojo tráfico, Pantone 485. Pensé en dar la espalda y dirigirme al pasillo para pasar la pena, pero decidí, en un guiño de simpatía forzada, tomar la taza de café, quitarme las gafas con la otra mano y hacerle un gesto de “qué más puedo hacer” al hombre que me miraba desde el otro edificio. Para mi sorpresa, el sujeto, que también tomaba algo de su taza, miró hacia un lado y corrió la cortina. El día transcurrió tranquilo, salí a comprar comida y regresé en la noche para terminar otros pendientes.

La mañana del miércoles fue mucho más extraña. A eso de las diez y media, trabajaba en el montaje de una ilustración, cuando el ruido vertiginoso que se metía por la ventana ya no me dejó concentrar y me obligó a pararme de la silla para detener la entrada de sonido. Así fue que vi al hombre del día anterior bailoteando por la sala y haciéndome señas con la

cabeza y las manos para que lo siguiera en su coreografía. Extrañado, por supuesto, sonreí y asentí sin reproducir ningún otro movimiento, pero, así no más, me asaltó un arrebato de tolerancia vecinal y me presté a dar unos pasitos de baile tímido hasta llegar a mi silla de nuevo, para levantar la mano y saludar (¿o despedir?) a mi vecino. La música paró durante un tiempo. No cerré la cortina por miedo a parecer innecesariamente grosero, pero otra vez lo vi. Esta vez bailaba más enérgico y me invitaba a la fiesta; la insistencia era tanta y mi curiosidad tan intensa que me levanté y bailé con mi vecino dos o tres canciones de La Sonora Ponceña, al fin y al cabo era diciembre y esas cosas raras pueden pasar en una época feliz como esta —justifiqué—.

Mi vecino se movía con gracia, era alto, de pelo y barba grises, tenía un cuerpo atlético para los cuarenta y ocho que aparentaba, llevaba gafas de marco grueso y un libro en la mano. Transcurrieron más o menos veinte minutos de baile desinhibido; yo le sonreí de nuevo y me despedí con gesto militar. Él me lo devolvió y se retiró; segundos después, la sabrosura de La Sonora se desvaneció y, en cambio, apareció en mi cabeza un *loop* que advertía la posibilidad de que el señor de enfrente me estuviera coqueteando. Después de todo, yo tan solo, tan soltero y con lo devastado que quedé por la ruptura con Julián; hacía más de un año que no establecía romance con nadie, todos muy niñitos buscando “experimentar”, y heme aquí, treintañero y aguardando por alguien que me trajera maticas como las de mi mamá, para decorar este apartamento triste.

El mismo ritual de coqueteo se repitió las dos tardes posteriores. Para el viernes en la madrugada yo ya estaba imaginando y, de hecho, tomando la determinación de invitar a mi vecino a tomarse algo en mi apartamento y que de una vez por todas me contara qué pretendía bailando conmigo todos los



días, él desde su sala y yo desde la mía. Igual, estaba convencido de que esto no era simple entretención; yo ya sentía, aunque no hubiéramos cruzado palabra, que era una conexión romántica más allá de la empatía vecinal, pues el radar a esta edad no falla tanto. Entonces, en la mañana de ese viernes, me alisté, me arreglé la barba con el aceite que me había regalado el mismo Julián, me puse la camisa nueva que había reservado para algo importante y me subí al ascensor, resuelto a buscar los ingredientes para la cena de la cita que todavía no proponía.

Ya la puerta se estaba deslizando cuando una mano se coló para impedir el cierre total. Entró una mujer que me sonrió y me saludó, llevaba de la mano a una niña que renegaba y mantenía medio cuerpo afuera con el brazo extendido; llegó una tercera persona, teniendo de antesala el bracito de la niña: era el bailarín de enfrente, que, cuando entró, me miró a los ojos de manera distante y me dio la espalda.

En un acto de defensa, me recogí hacia mí mismo y di un paso a la esquina. Fueron los quince segundos más largos de mi existencia, ansiando que las puertas del elevador se volvieran a abrir para vomitar tanta infamia. Esperé el último turno para salir. Entonces mi vecino aguardó antes de seguir a su familia para sonreírme con cinismo. Me retracté, no salí a ningún lado y volví a subir a mi apartamento, decretando que ahora los bailecitos pendejos se darían a cortina cerrada.